

Al cumplimiento de este deber he puesto a contribución todos mis amores a Toledo, que son muchos, y todas mis aptitudes, que no guardan relación con aquellos amores.

Las bellezas que yo pudiera haber reflejado en mi escrito, y en el que no aparecen, aparecerán en el erudito que un distinguido compañero os dará a conocer al elogiar a un hijo de Toledo que, entre el fantástico tropel de bizarras juventudes, alistóse en los tercios españoles y halló grato descanso en su vida de soldado, escribiendo «Los sucesos de Flandes y Francia en tiempo de Alejandro Farnesio.»

Y para cerrar con broche de oro mi honrosa misión de Secretario de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, permítaseme glosar las frases de dos Académicos Correspondientes que aureolan envidiados destellos como estrellas del Arte:

«Tiene la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo un bien bello e interesante campo de acción, en donde los paladines del Arte y de la Historia, dándose de mano, podrán realizar hermosas y utilitarias proezas. ¡Que el ambiente incomparable de la ciudad-museo dé larga vida a la simpática Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo!» — HE DICHO.

Adolfo Aragonés de la Encarnación.

Discurso del Director D. Rafael Ramírez de Arellano en la misma Junta.

Existen veinticuatro asociaciones análogas a la nuestra en Madrid y provincias; de ellas, diez son dos veces centenarias, una cuenta el año ciento siete de su vida y las trece restantes fueron creadas por Real decreto de 1849 y, por lo tanto, están también cercanas a la senectud. La nuestra puede calificarse de párvula, pues acaba el año primero de su existencia y, sin embargo, algunas de las centenarias no disfrutaban aún el carácter oficial concedido a la toledana por Real orden de 29 de Mayo, por el excelentísimo Sr. D. José Francos Rodríguez, Ministro entonces de Instrucción pública, que se halla presente y que figura en lugar preeminente en las listas de nuestra Academia.

Como acaba de decirnos el Académico Secretario, en este primer año de nuestra vida hemos devuelto su antiguo esplendor medioeval a dos templos de los fundados por los monarcas visigodos, que, si no han vuelto a presentar la arquitectura latino-bizantina porque en el período musulmán fueron arrasados, han recuperado las galas con que les embellecieron sus reconstructores, aumentadas en las reformas fundamentales realizadas en ellos en el último tercio del siglo XV, período brillante del arte toledano, floreciente entonces merced a la esplendidez y a las iniciativas de Prelados tan insignes como los Cardenales don Pedro González de Mendoza y D. Francisco Jiménez de Cisneros, de gloriosa memoria. Hemos hecho excursiones, investigaciones y estudios en edificios y archivos, resultando descubrimientos tan importantes como la lápida bilingüe de Santas Justa y Rufina y el ara visigoda que servía de peldaño en una puerta de San Miguel el alto; antigualla insigne, porque en ella pudieron officiar los Santos Prelados de los Concilios toledanos, que consiguieron la conversión al catolicismo de Recaredo y su pueblo, y dictaron leyes perpetuadas en el derecho foral, y más tarde en las Partidas y en otros Códigos generales.

El brillantísimo discurso del Sr. García Rey que habéis escuchado, sea muestra de lo que hicimos en la investigación histórica.

Ya habéis oído también, en la Memoria anual, la acogida que tuvo nuestra Academia en las Corporaciones análogas. Las de Madrid no la recibieron como similar, sino como a hija predilecta, con los brazos abiertos; las de provincias como cariñosas hermanas, y las extranjeras muy galantemente; pero si buena fué la acogida de las Academias, recibió y sigue recibiendo tales pruebas de entusiasmo de los grandes historiógrafos, artistas y literatos, que la honran ingresando de Correspondientes, que no tardará mucho en contar en sus listas los nombres más eminentes del Arte y de la Historia, y para que comprendáis hasta qué punto llega el aprecio de estos hombres insignes, bastará decirnos que uno de los más egregios escultores, públicamente proclama hallarse más honrado y más orgulloso con el título de Correspondiente de Toledo, que con el de Numerario, que posee, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Débase tal éxito, no a los hombres que la formamos, que no somos todos los que debieran pertenecer y no pertenecen por limitación reglamentaria del número. Débase a la protección

decidida que desde su comienzo la dispensó el sabio y eminente Sr. Cardenal Guisasola, con cuya Presidencia nos honramos hoy, que no permite hacer obra alguna en edificios religiosos, sin previo informe de la Academia. Débese a los Sres. Ministros de Instrucción Pública D. Julio Burell, que incoó el expediente para la declaración oficial, y D. José Francos Rodríguez, que le ha resuelto; pero principalmente se debe a Toledo, museo sin igual de todos los tiempos y admiración de todos los amantes del Arte y de la Historia, quienes en avalanchas incontables la visitaban todas las primaveras y seguirán viniendo al terminar esa inconcebible lucha en que se hallan comprometidas casi todas las naciones del mundo. Débese a Toledo, a veces Corte y siempre asiento de la silla Primada de España, en donde se hallan juntos los recuerdos de su grandeza de todas las épocas. Y para que os convenzáis de esta verdad, volver conmigo los ojos al pasado.

En la Vega, bajo el polvo de veinte centurias y bajo la tierra acumulada por los obreros de Lorenzana, duermen las ruinas de un gran circo; bajo las casas de las Covachuelas se ocultan las de un teatro, de entre las develadas fortificaciones brotan los restos de la temida muralla; en ambas orillas del Tajo están los frogones de gigantesco acueducto; diseminados acá y allá quedan fustes y capiteles de grandísimos edificios, de templos tal vez; todo prueba la existencia de una Toledo romana, rica y floreciente.

En puertas, murallas, paredes de casas y torres de iglesias, por todas partes, aparecen los mutilados despojos de la corte de los monarcas visigodos, cuajados de geométricas labores de apacible decoración. En el Cristo de la Luz y en la calle de las Tornerías aún se levantan edificios de arte musulmán. Casas sin número conservan trozos de la espléndida decoración mudejar de los siglos XIII y XIV, alternando con los ábsides románicos de las iglesias del mismo tiempo, cuyos estilos se perpetúan y llegan al período de la casa de Austria; y de ésta, ahí están el Alcázar y el Ayuntamiento, en donde se ven las trazas de los Herrera, Villalpando, Covarrubias y Monegro. De todos los tiempos quedan monumentos amontonados y entremezclados como en museo viviente de todas las edades.

Entre estos recuerdos se alza la augusta Catedral. Ese edificio singular es la síntesis española del ideal cristiano y otro verdadero museo del Arte, en todas sus manifestaciones; y es además la que mejor retrata el ideal romántico de todas las Catedrales españolas.

Cerrada al exterior, pequeñas sus puertas y abocinadas, en pirámides sus naves, misteriosa en sus extremos y esplendente en su crucero, en el lugar más elevado desde donde las plegarias se dirigen a Dios, a través de las pintadas vidrieras que le coronan. Por de fuera, sus cresterías y botareles forman tan encantador conjunto, que al contemplarlas en noches claras, en que nubes blancas recorren veloces el firmamento, al ver a éstas romperse y deshacerse en jirones entre los esbeltos pináculos, parecen los cendales flotantes y las alas blancas de los querubes, que saliendo por los ventanales, remontan el vuelo para llevar a las alturas las plegarias fervientes de los toledanos devotos.

Lo que da valor a nuestra Academia es el alma de Toledo, el ambiente artístico, la estructura especial, la idealidad, en fin, de Toledo; ese espíritu de misterio que persiguieron Zorrilla y Bécquer, y tantos otros románticos y poetas que recorrían y aún recorren de noche las misteriosas encrucijadas y los sombríos cobertizos, tras la ilusión de hallar a los hermanos del pecado mortal, las rondas de corchetes y los trovadores enamorados, que parecen próximos a brotar de entre las sombras de conventos y callejuelas. Ese espíritu poético con el que no acabarán los tiempos presentes, asaz prosaicos, y que vivirá tanto como Toledo exista.

A conservar ese espíritu toledano, a estudiar su pasado y a encauzar artísticamente su porvenir, ha venido la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.

HE DICHO
